



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero).

Año I.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana 10 de Noviembre de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 45

SUMA:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Actualidad, por Juan Tenorio.—Frituras, por Juan de Fuertes.—A. Díaz Quirero (poesía), por Rafael Villa.—Cuentos de Manigaa: El Chavalillo, por Juan Sin-Tierra.—Epístolas a Juan Palomo: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco.—El jaleo americano, por Juan Cualquiera.—Cortillo teatral, por Juan Particular.—Sartenazos.—Geroglífico.—Bretin bibliográfico.
CARICATURAS.—Por Don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.



JUAN PALOMO ha cumplido tres años y entra hoy en el cuarto de su existencia.

Como todo un caballero, vá sosteniéndose en este pícaro mundo, dando que sentir á los malos y repartiendo puñetazos á los peores.

Azarosa es la vida en estos tiempos, que cuando menos se piensa dan de sí un Sanromá, pongo por caso, ó un señor Rivero, que se queda sordo cuando atacan la honra de España en Cuba, y tiene oídos de lince y voz de cañon cuando hay quien la defiende.

Azarosa es la existencia entre petróleo, carlistas, alfonsistas, sagastinos y cantantes como el que hace el papel de Sparafucile.

Muy azarosa es, pero voy capeando e' temporal escudado con el favor del público, que no me faltó en los tres años anteriores y que no ha de faltarme en los venideros.

Como siempre he sido, continuaré siendo en este cuarto año de mi vida: infatigable paladin del dominio de España en Cuba; amigo de las situaciones claras y enemigo de las medias tintas; propagador infatigable de la idea patriótica de robustecer aquí por todos los medios la autoridad del Gobierno de la nacion; entusiasta partidario de la moralidad administrativa; adversario de los que todo quieren convertirlo en negocio lucrativo; español de balde, y de ustedes atento y seguro servidor que sus manos besa.

Me reiré de todo, porque se han puesto las cosas en un punto que hay que tomarlas á risa.

Convencido de que el mundo está casi vuelto del revés y de que las ideas modernas son la perdición de los hombres, de las mujeres y de los presbíteros; convencido tambien de que hay una mano oculta que nos lleva al precipicio, pasándonos ántes por las calles de la Habana, para que veamos lo que es porquería; persuadido de que de este modo no es posible vivir y de que el infeliz que no adora la restauracion no es chicha ni limoná, ni tendrá

buen empleo cuando manden los nuestros, me entretendré pensando que no es lo peor que la sociedad esté tan conmovida y la situacion se presente tan grave, sino que me coja con poco dinero.

Y ya que empecé hablando de mis natíes, me escuro por esa misma pendiente hasta tropezar con unos versos, ó cosa así, que ha publicado el *Diario de la Marina*, sin saber lo que hacía al insertarlos.

Los tales versitos han producido muy distintas impresiones: á unos les han parecido muy malos; á otros, muy atrevidos; á éstos, muy transparentes; á aquellos, muy insurrectos; á los de más allá, muy tontos, á todos en general, muy estúpidos.

Titúlase la composicion: "En los natales de la simpática Carlota M.," y los maliciosos han creído ver que el autor á quien quiere cantar es á un tal Carlos M. Lo que sigue á esta inicial queda para el curioso lector.

Parece que aciertan los maliciosos al ver en los tales renglones cortos unas cositas que parecen alusiones vistas por delante y vistas por detrás.

Cópio:

Hoy, que el antiguo cazador mojó la pólvora que un día tan funesta fué á los sinsontes que entonaban himnos del "Diario" en la enramada candelera."

En el antiguo cazador creen los maliciosos ver aludido un elevado personaje que se alejó de esta Isla despues de dar muchos disgustos á los filibusteros.

Pero la ponzoña del laborantismo (si es que los maliciosos aciertan) se destila más y más en el curso de la composicion.—Dice así:

"¿No ves revoltear en los laureles de verdes ramas y cabellera espesa que en la plaza de Armas se destacan, al sublime cantor de tu belleza?.... Sale, Carlota, en tu natal florido, sale al balcon, y rómpase esa reja.... que postrado de hinojos en la calle tu pájaro cantor verte desea.
¿No sales, Carlota? ¿Quién tirano detener tus deseos hoy intenta? Me parece escucharte que es el hombre del ancho bordo y de la blanca pera. No desesperes, tormentico mio, que como todas, llegará la nuestra, y entonces te diré aquello de marras: ¡Qué blondos rizos y que tez!... ¡candela!"

El cantor se muestra muy confiado de que llegará la suya, pero tengo para mí que están verdes.

Vamos á cuentas, y suponiendo que los maliciosos aciertan y la poesía—de algun modo se ha de llamar—tenga la intencion que le suponen, ¿qué tenemos con eso?

Tan sólo habremos adquirido la certeza de que hay un simpatizador impaciente y atreviduelo, capaz de sorprender la buena fé de un periódico por el gusto de ver en letras de molde un rasgo de aquél famoso derecho del pataleo.

Y entre tanto, el pájaro cantor siga cantando, mientras nosotros sacudimos palizas á sus amigos. Veremos al fin de la jornada quién sale ganancioso. ¡Cuánto habrá cantado entonces el pájaro! ¡Jesús!

En la Córtes españolas se ha levantado una voz para hablar contra España.

¡Sí, señor, contra España.—Lo que se hace con las partes queda hecho con el todo, dicen las matemáticas, y el señor don Nicolás Salmeron, al ensañarse contra este pedazo de tierra española y contra los que en él vivimos, ha herido en el corazon á la pátria.

El ardiente defensor de la república combato de una manera sangrienta á los voluntarios de Cuba.

¡Hombre, bien! El señor Salmeron y sus amigos, que creen de imprescindible necesidad la institucion de la milicia ciudadana, que la sostienen con todas sus fuerzas y que en determinados momentos han repartido armas á las turbas, combaten la institucion de los voluntarios de Cuba.

¿Dónde está la lógica, que no la veo?

Si aquí, como en todas partes, como sucede siempre que el país sufre una conmocion violenta, hay exageraciones individuales, es suficiente eso para anatematizar una institucion?

Usted mismo, señor Salmeron, que tiene sobrado talento y gran corazon, ha caído en muy visibles exageraciones al proclamar sus principios desde la tribuna.

El señor Salmeron no quiere Dios, ni religion, ni pátria, ni voluntarios en Cuba, ni españoles que defiendan con brazo fuerte y corazon entero la honra nacional.

Todo le sobra.

A contestar los insultos se levantó el señor Olavarrieta lleno de muy buen deseo, con la más sana intencion, pero desprovisto de práctica parlamentaria y sin las argucias que se necesitan para hacer frente á un enemigo tan formidable como el diputado republicano: como era natural, fué víctima de su inexperiencia.

El señor Rivero parece que tenia resentimientos con los españoles de Cuba por los piropos que dirigían á su difunto periódico *La Constitucion*, y soltó la válvula al furor, descargando sus iras contra el antiguo teniente de flanqueadores.

La imperiosa voz del señor Rivero habrá hecho que se borren los sentimientos de gratitud que España entera guarda á los defensores de esta Isla?—Deje usted que me ria.

Las aberraciones de un individuo, de varios individuos, personalmente resentidos, pueden representar las tendencias de un partido político?—Lo cura fuera pensarlo.

Rivero, aunque importante miembro del partido radical, se halla en esta cuestion aislado; sólo con sus reminiscencias de *La Constitucion*.

A última hora.

Mr. Hamderson continua sin novedad.
¡Respiremos! Aún nos queda vida!

Más á última hora.

Mr. Henderson, desde Puerto Príncipe, se ha dirigido á las Yaguajayes.

¡Siempre el hombre cumple su destino!

JUAN PALOMO.

ACTUALIDADES.

Me he quedado frío.

La lectura de cierto "Himno guerrero del Católico" que publicó un periódico idem, me ha dejado estático, hecho un sorbete.

¡Cómo! Con que donde todo debe ser olvido, caridad, unción evangélica, fé y razón, humildad y paciencia, se pierden tan lastimosamente los estribos que se grita ¡a las armas! para exterminar a la heregía por el hierro y el fuego, ni más ni menos que en aquella noche de la degollina de hugonotes, que la historia recuerda con el nombre de la San Barthelemy!

Pues yo digo que si á un mal católico se le arriama un palo para que lo sea mejor, como no podrá por menos de protestar contra ese incivil medio de persuasión, claro está que se hará protestante.

¡Oh jóvenes católicos! Vuestra misión es grandiosa, es salvadora, es trascendental; pero, por Dios, no propagueis las sublimidades del Evangelio á tiros, porque es un medio capaz de desacreditar lo mismo que queréis enaltecer.

Pensad en que si Jesucristo hubiera querido imponer por la fuerza su doctrina, se hubiera hecho trabucaire y no patriarca, prefiriendo enseñar á sus discípulos el ejercicio en vez de recomendarles la dulzura y paciencia al predicar la verdad.

En el *Himno guerrero del Católico* se habla mucho de un Miguel. ¿Será don Miguel Enamorado? Porque yo supongo que al arcángel no se le llamaría Miguel á secas, con una llaneza que peca de anti-católica é irritante.

Yo no sé quién dijo, hablando de Bouchardy, que este célebre dramaturgo, tan aficionado á las situaciones de gran efecto, sacaba de los hospitales á los protagonistas de sus dramas. Y quien tal supuso se fundaba, porque *Lázaro* es mudo, *Tom* ciego, un lord de cuyo nombre no me acuerdo, manco, la heroína de *Juan el cochero* una tísica, y todo por el mismo tenor.

Recuerdo esto porque precisamente en estos días traigo entre manos una averiguación por el estilo, á fin saber de dónde sacan los diarios habaneros sus corresponsales en Madrid, que por el idéntico mal que padecen, parecen salidos del hospital de la conciencia.

Si los lectores fueran á creer todo lo que ellos dicen con la pretensión de ser creídos; menudearían los casos de suicidio que sería un dolor; porque, ¿quién espera á pié firme la catástrofe que ellos se empeñan en pintar como próxima é inevitable, y no se pega un tiro, ó dos, por quitarse de en medio antes que lo quite á uno la gorda?

Y es el caso que esos diarios presentan con sus artículos de fondo y sus correspondencias el espectáculo más interesante é instructivo de inconsecuencia política; mientras en la sección editorial se declara contra la inconveniencia de los partidos, se reniega de ellos, se les maldice y se sostiene que en Cuba no puede ni debe hacerse más política que la nacional, en la otra columna, como quien dice, á renglón seguido, se hace política de partido por boca de un corresponsal afiliado en uno de ellos. Y no se diga que los tales corresponsales se andan con paños calientes, ó que moderan el espíritu de bandera que los domiña, sabiendo que escriben para Cuba, donde se anatematiza ese fraccionamiento político que á tantos llena el banduyo, y donde hemos convenido en permanecer ajenos á esas intrigas de mala ley, porque los zurcidores de cartas públicas para la Habana insultan sin embozo á los radicales que son gobierno, aplauden á los partidos de oposición, y transigen hasta con los que asumen un carácter faccioso. Tal es el odio que tienen á los que mandan. Despues de esto, que nos vengamos hablando los periódicos que esos ataques á la autoridad toleran, del respeto incondicional que debe tenerse al principio de autoridad!

Francamente, ya me carga que todos los días me digan que es perjudicial y estrecha esa política de partido, los mismos que hacen por boca ajena una política del ancho del mahon.

Y vaya de corresponsales.

Se me han montado en las narices estos caballeros, y la culpa es de ellos, que se han propuesto traernos á mal traer.

Pero ahora no voy á hablar de corresponsales españoles, cuya pasión política disculpo aunque crítico, sino de los que desde la Habana, donde residen, escriben cartas al *Sum* y al *World*, en las cuales nos ponen como chupa de dómine.

El descaro de esos laborantes disimulados raya en desvergüenza; reciben un sueldo para que ha-

blen mal de España y los españoles, y fuerza es confesar que lo ganan bien, á costa de su conciencia de escritores.

Pero vaya usted á hablarles de conciencia á los corresponsales del *World* y el *Sun*! es lo mismo que dedicarse á echar margaritas á puercos.

El señor Diaz Quintero tiene la palabra.

Dice que somos un hato de foragidos, negreros y reaccionarios.

El señor Sanromá habla á su vez:

Dice que somos un hato de reaccionarios, negreros y foragidos.

El señor Salmeron sucede á ambos en el uso de la palabra:

Dice que somos un hato de reaccionarios, foragidos y negreros.

Y no crean ustedes que nos echan tales flores esos individuos en una taberna de Lavapiés, sino en el Congreso, en el seno de la representación nacional, aunque parezca mentira.

El que no pueda explicarse el escándalo, que reventante, porque yo tampoco me lo explico y estoy á punto de estallar.

Las palabras de Quintero, Salmeron y Sanromá pasan sin correctivo ni enmienda del presidente señor Rivero.

Pero un buen español, el apreciable joven señor Olavarrieta, se indigna, protesta de la refinada perfidia de ciertos laborantes y se arma la gran polvareda del siglo.

El Sumo Pontífice (alias Presidente), en vez de conciliar los ánimos, como es su misión, juzga que es llegada la hora de encolerizarse, y llama al orden con acento sulfurado al diputado que quiere conservar á todo trance á Cuba para España.

Con que, concértenme ustedes esas medidas, como decía Quevedo.

¡Ay! y qué cosas se ven!

Decididamente; España es el país de los viceversas.

Y de los pescadores de gangas.

JUAN PEREZ.

FRITURAS.

La Union Americana, ó por otro nombre, los Estados Unidos, ó por otro nombre, la América del Norte, madre de los periódicos incommensurables y de los lectores de anchas tragaderas, acaba de dar á luz un engendro como suyo.

El *Democrat* de Missouri anuncia con toda la formalidad de que es capaz, que una joven de Ohio, despues de haberse casado y dado á luz un hijo, sintió que en su ser se operaba un cambio extraordinario, que su voz perdía la suavidad femenina y el timbre argentino, que su formas redondeadas se acentuaban masculinamente, que una hermosa y bien poblada barba invadía sus aterciopeladas mejillas, y, en una palabra, que su sexo cambiaba y que paulatinamente se iba transformando en hombre.

El marido se asustó, y francamente, el caso no era para menos. El buen yankee pidió el divorcio, que le fué concedido en vista de los nuevos é inusitados complementos que la consorte aportaba al matrimonio, y temeroso de la pena del Talion, se separó de su transformada mujer, que segun nos cuenta el referido periódico, se estableció por su cuenta, casándose con una antigua amiga del colegio.

Y si, lector, dijeres, ser comentario, como me lo contaron te lo cuento.

A Nueva York han llegado dos hombres notables, el hombre risa y el hombre llanto.

Estos dos individuos vienen con el interesante objeto de desafiar á los habitantes de la gran ciudad á que presenten otro par de nenes que ríen y lloren con la perfección y persistencia de los arriba citados.

Esto no se le había ocurrido á ningún pueblo, pero ya he dicho y probado que el de los Estados Unidos es especial en el género de las especialidades.

Ellos no brillarán en las ciencias y en las artes, pero en las rarezas nadie puede disputarles la preferencia.

Por si la posteridad se diera de cabezadas para encontrar los nombres de los campeones del reír y del llorar, bueno es que los consignemos aquí. El primero se llama Guillermo Bennett y es natural de Filadelfia.

Cuando la fama esparció por todos los barrios la noticia de su llegada, un periodista fué á verlo, para dar á sus lectores las primicias de la novedad palpitante.

Al saber que un periodista dejaba sus apremiantes ocupaciones por verlo, el alegre Bennett soltó una carcajada tan estrepitosamente sonora, que todos los habitantes del hotel acudieron á saber lo que ocurría. Como la risa es contagiosa, á los pocos minutos reían á todo trapo los huéspedes, el dueño de la fonda, los criados, el cocinero y todos los pinches, marmitones y cata-salsas de la oficina culinaria.

Aquel día se pasó riendo y nadie comió en la casa. Figúrense ustedes si el dueño tenía motivo para reír; poco faltó para que él ganara al famoso campeón de la risa.

El segundo de los dos notables, el campeón del llanto, se llama Eduardo Hartman, y es natural de Chicago. Viene á Nueva York con objeto de apostar quinientos pesos á quién llorará más tiempo y con más abundancia. Se apeó en el Hotel Francés, y al preguntarle el amo qué clase de habitación quería, rompió á llorar y se sentó en un rincón. La hostelera, mujer de corazón blando, no pudo contener las lágrimas, al ver el penetrante dolor de su nuevo inquilino, el marido, que idolatraba á su esposa, lloró al ver que ella lloraba, los hijos lloraron al ver llorar á sus padres, los criados lloraron por obligación y los huéspedes por simpatía. Al poco tiempo el barrio estaba profundamente conmovido, creyendo que en el Hotel Francés había ocurrido una desgracia tan enorme que nadie se atrevía á preguntar ni á decir nada acerca de ella.

Tengo un amigo aficionado á la numismática.

El otro día le llevaron una moneda de cinco pesetas con la efigie de Víctor Manuel, rey de Italia.

Volviéndola del otro lado, vió que tenía un letrero que decía: 5 *liras*.

—Oh! exclama, estos italianos siempre son músicos, hasta en la moneda!

Una bonita definición.

—La viudez tiene sus encantos cuando empieza, sus disgustos cuando sigue y sus alegrías cuando acaba.

El hombre prudente se parece al alfiler; su cabeza le impide hundirse.

Este mundo es una escuela de aritmética. Los comerciantes practican la *adición*, los ladrones la *sustracción*, los casados la *multiplicación*, y las mujeres la *división*.

Hay *quebrados* por todas partes y matrimonios que practican la *regla de tres*.

Diálogo en un tribunal.

—Acusado, no contento con robar el portamonedas á su víctima, la privó usted del conocimiento á golpes.

—Señor juez, como yo sabía el sentimiento que había de causarle perder su dinero, quise *aturdirlo*.

Una observación de un chico de seis años, que vale lo que pesa:

—No me gustan los frijoles, y sentiría que me gustasen, porque entonces me vería precisado á comerlos, y no me gustan.

Una de las astucias usadas por los novelistas para aumentar el original está en los diálogos. Uno que hizo Alejandro Dumas promovió un cambio completo en el pago de las obras literarias.

El editor pagaba á Dumas á tanto la línea, y un día, con objeto de hacer subir la suma, el célebre novelista introdujo en una de las obras el siguiente diálogo:

—Hijo!

—Madre!

—Oye.

—Habla.

—Ves?

—Qué?

—Ese puñal.

—Teñido....?

—Con sangre....

—De quién?

—De tu padre!!

—Ah!!!

Desde ese día el editor anunció á Dumas que en adelante le pagaría á tanto la letra, pero no á tanto la línea.

JUAN DE JUANES.

A DIAZ QUINTERO.

Que se me diga, yo espero,
si está loco el *caballero*,
rectifico, el senador
á quien llaman el señor
don Paco Diaz Quintero.

He leído, y no he creído,
no obstante haberlo leído,
que aquél ente estrafalario
motejar se haya atrevido
de asesino al voluntario.

Don Paco, usted se propasa
dando á esa calumnia paso,
¿ó es que hay *bodega* en su casa?
dígalo, y en ese caso,
lo tomaremos á guasa.

Lo que á mí en dudas me abisma,
don Paco, no es el cinismo
con que usted armar quiso un cisma;
me extraña más que allí mismo
no le hayan roto la crisma,

Aunque veo, en conclusion,
después que me enteré bien,
que la pública opinion
dió á usted por contestacion
el más solemne desden.

Ya nos empezó á insultar
há tiempo, con vil ultraje,
y dió usted en desatinar;
(no digo *barbarizar*
por decencia del lenguaje).

Y hoy, señor Diaz Quintero,
senador.... aventurero,
¿nuevos insultos apila?
¡al fin, digno compañero
de Suñer y Capdevila!

Reñir quiso este con Dios;
con la patria usted, ¡qué atún!
De sus quimeras en pós
riñeron ustedes dos....
¡con el sentido comun!

Yo no salgo á la defensa
del valiente voluntario;
fuera inferirle una ofensa
suponiendo que hay quien piensa
cual piensa usted, ¡perdulario!

Pero, vamos, con franqueza,
que el secreto guardaré;
¿cuánto le ha valido á usted?
le apuesto á usted la cabeza
á que ha corrido el *parné*.

Está claro, no hay falencia;
ello mismo se evidencia;
hemos llegado á alcanzar
un tiempo, que hay que ensanchar
un poquito la conciencia.

En New-York, fuerza es tambien
pasar por hombre notable,
y es preciso que nos den
de valor fama admirable,
ya que nos *pagan* tan bien.

¿No es verdad? no sólo allí,
aquí mismo, aquí, en la Habana,
se aplaudió con una gana....!
hace usted más ruido aquí
que descomunal campana.

Si se quiere convencer
y ser del ruido testigo,
no tiene más que emprender
el camino, y ha de ver
que es verdad cuanto le digo.

Crea usted que hablo formal,
que en esto soy un oráculo;
si viene, habrá funcion real,
y será usted principal
figura en el espectáculo.

¡Venga usted, señor Quintero!
mire usted que el pueblo entero
le ha preparado la *silla*!....

Queda de usted verdadero
enemigo

RAFAEL VILLA.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO QUINTO.

EL CHAVAILLO.

XXXVII.

¿Qué dijo Víctor Guillen al *Chavaillo*? Oigo repetir esta
pregunta á aquellos de mis lectores que tienen la paciencia de
seguirme en mi relacion; y como han esperado siete dias, no
quiero ni debo abusar de la bondad con que me honran.

El cabo andaluz demostraba en su movimiento brusco la
agitacion que lo dominaba. Hé aquí sus palabras:

—Señor Contreras, ahora que estamos solos, ahora que no
hay delante una tercera persona que obligue á usted á bus-
car disculpa á sus inconveniencias, vá usted á explicarme el
verdadero motivo de su agitacion y el verdadero sentido de
las palabras que ha pronunciado usted en casa de Javiera.

El *Chavaillo* se cruzó de brazos, y marcando en sus labios
una sonrisa irónica, le preguntó:

—¿Habla usted con formalidad, compañero?

—Creo que mi tono anuncia claramente que no tengo ga-
nas de broma; así, pues, procure usted ser explícito para sa-
tisfacermé y evitar un conflicto de graves consecuencias.

—¿Conflicto? exclamó Frasquito, riéndose sin reserva. ¿Se
ha vuelto usted loco, cabo Guillen?

Este puso la mano en el cubo de su bayoneta, y dijo con
tono violento:

—¡No abuse usted de mi prudencia, porque no respondo
de mí!

—¡Repito que se ha vuelto usted loco!

—¡Contreras!

—Y á los locos hay que amarrarlos, añadió el *Chavaillo*
con la mayor calma.

—¿A mí? prorumpió Víctor desenvainando la bayoneta.
¡Venga usted si es valiente á amarrarme!

El cabo dió un paso adelante en actitud amenazadora; Fras-
quito permaneció impassible con sus brazos cruzados y sin que
desapareciera de sus labios la graciosa sonrisa que tanto ir-
ritaba á sus compañeros de armas.

—¡Defiéndase usted, Contreras! gritó Guillen fuera de sí.

—¡Es usted un insensato! repuso el mozo sin alterarse ni
hacer el menor movimiento.

—¡Deje usted quieta la lengua y mueva las manos, mocito!
¡Si usted no se defiende, le mato como á un perro!

—¡Bah! no se atrevería usted á matarme.

—¿Nó? ¿Por qué?

—Porque al quitarme la vida recibiría de usted el favor
más grande que pudiera hacerme, y en su enagenacion, no se
halla usted dispuesto á hacerme favores.

—¿Y se dejará usted matar sin defenderse?

—Por supuesto; la vida para mí es una, y la muerte por
mano de usted sería un consuelo.

—¿Por mi mano? ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que espero la muerte; y que si para conse-
guir ese beneficio necesito inferir á usted una ofensa grave,
me valdré de ese medio.

Víctor Guillen se estremeció al oír aquellas palabras que
revelaban la desesperacion del jóven y un misterio que no
acertaba á explicarse; poseído de aquella impresion extraña,
bajó la punta de su bayoneta, y cogiendo por el brazo al
Chavaillo, le dijo en tono que revelaba su sorpresa:

—Hablando se entienden los hombres; necesito una expli-
cacion de esas palabras.

—Muchas explicaciones desea usted, compañero, esta es la
segunda que me pide usted desde que nos encontramos aquí;
y no hace apenas diez minutos que salimos de casa de la mu-
jer que ha dado lugar á esta excision.

—Y espero que no desmentirá usted, Frasquito, la amis-
tad que nos hemos prometido, añadió Víctor cambiando de
tono.

—¡Hola! parece que la exacerbacion ha cesado y que el ce-
rebro entra en caja; de ese modo podremos entendernos,
aunque lo siento, porque me roba la esperanza de que me
quitara usted de encima este peso que llaman vida.

—Explíquese usted por Dios, camarada!

—Estoy dispuesto á satisfacer á usted sin que de mis labios
salga más que la verdad.

—Entonces, dígame usted la causa de su alteracion al ver
á Javiera y su estremecimiento al sentir el contacto de su
mano.

—¿Quiere usted que sea franco?

—Lo exijo.

—Después no se queje usted de mí.

—Vamos, Frasquito; ardo en deseos de oír su explicacion.

—Pues bien: la presencia de esa mujer produjo una alte-
racion grande en todo mi sér, por lo que usted sabe: Javiera
Salcedo es el vivo retrato de la mujer que adoré en Cádiz, y
que con su ingratitud ha sido causa de mi desventura.

—Eso ya lo sabía, Contreras.

—Quiere usted saberlo todo?

—¡Todo! Esta noche he notado en usted unas miradas que
tenian intencion, y como esa mujer me pertenece, debo pedir
usted cuenta de esa intencion.

—Voy á ser franco. ¿No oyó usted mi protesta de insensi-
bilidad?

—Sí.

—Pues con esa protesta quería borrar la impresion que mi
presencia habia producido en Javiera.

—¿La impresion? preguntó Guillen, abriendo los ojos con
espanto.

—Sí; quizá me tache usted de presuntuoso, pero esa mu-
jer me miró con un interés que amenaza matar el afecto que
á usted ha prometido.

—¡Eso es mentira! exclamó Guillen fuera de sí.

—¡Mentira! repitió el *Chavaillo* sin alterarse. El tiempo
acreditará la verdad de mi aserto.

—¡El tiempo nó! gritó el cabo frenético. ¡Es usted un mi-
serable! ¡Y ántes de un minuto ó usted ó yo habremos que-
dado en el sitio!

—Vuelve usted á exaltarse? Me alegro, porque de ese mo-
do verá realizado mi ideal de morir á manos de usted.

Guillen sintió de nuevo el estremecimiento extraño que le
habia producido aquél deseo del jóven; deseo que encerraba
algo de siniestro, y murmuró:

—¿A mis manos?

—Sí; máteme usted, porque lo confieso; me he enamorado
de Javiera Salcedo; y estoy seguro de que corresponderá á
mi cariño.

—¡Imposible!

—¡No sea usted cándido, Guillen! Las mujeres son del
último que llega.

—¡Eso es una calumnia!

—Eso es verdad; y me lo ha enseñado una triste experien-
cia.

—¿Espera usted desbancarme? preguntó el cabo mirando
fijamente á Frasquito.

—Estoy seguro de mi triunfo.

—Por qué?

—Lo he leído en las miradas de esa mujer.

—Contreras, señor Contreras, es inevitable el encuentro
entre los dos; la noche y el sitio nos convidan; empuñe usted
su arma y riñamos.

—No podemos pelear.

—Por qué motivo?

—Porque tambien tengo la seguridad de que lo mataría á
usted, y yo quiero morir y no matar.

—¿La seguridad? Compañero, no he encontrado en mi ca-
mino un hombre más pagado de su persona que usted.

—No fio sólo en mi valor y en mi destreza, fio en la Pro-
videncia.

—No comprendo....

—La vida de usted, señor Guillen, es mia.

—¿Mi vida?

—Claro está; recuerda usted que la he salvado dos veces
en los pocos dias que hace nos conocemos; y la conciencia,
por un sentimiento de gratitud, inutilizaría el brazo de usted,
mientras que, como yo nada le debo, soy fuerte.

Víctor Guillen se enterneció nuevamente.

—Ese movimiento que la luna me delata, continuó el *Cha-
vaillo* con la mayor calma, corrobora cuanto he dicho. En-
vaine usted el arma que en vano acaricia su despecho y que
sólo ha de servir para pelear contra los enemigos de España;
contra mí es impotente.

Víctor Guillen dobló la cabeza sobre el pecho, no sabiendo
explicarse el dominio que la voz de aquél hombre, que era
casi un niño, ejercía sobre su alma.

—Vamos, ¡marchen! añadió Frasquito riéndose y cruzando
su brazo con el del cabo; en vista de que no podemos reñir,
volvamos á la razon, recordando que á esta hora no nos es
permitido estar fuera del cuartel y que nos arrestarán si lle-
gamos algunos minutos después.

Víctor, maquinalmente, envainó la bayoneta, y se dejó con-
ducir como un preso que no tiene fuerza física ni moral para
defenderse. Al acercarse al cuartel, el *Chavaillo* dejó caer
en su oído estas palabras:

—La Providencia es muy grande y me ha traído aquí para
castigar á usted por su traicion.

—¿Qué es eso? preguntó Víctor deteniéndose.

—Nada, compañero; no se detenga usted, que es tarde. La
Providencia se vale de mí para vengar á aquella pobre Con-
suelo Vargas de que me ha hablado usted, y que llora en
Cádiz su ingratitud.

—¡Consuelo! exclamó Guillen.

—Sí, Consuelo, ¿Cree usted que Javiera Salcedo puede
robarle su lugar?

—¡Sí! exclamó Víctor con exaltacion.

—Nó, contestó Frasquito con calma; ¡Javiera Salcedo es
mia!

—¡Oh! ¡esas palabras!....

—Adelante, que es tarde, añadió el *Chavaillo* sujetando
fuertemente por el brazo á su compañero.

Y entraron en el cuartel.

(Continuará.)

JUAN SIN-TIERRA.



LAS QUERELLAS DEL REY SABIO.

D. ALFONSO, Sr. Valero.—ALELI, Sra. Cairon.—D^a BLANCA, Sra. Guijarro.—VARGAS MACHUCA, Sr. Benetti.—SANCHO EL BRAVO, Sr. Reig.

Ayuntamiento de Madrid

La Sra. Fernandez y el Sr. Mario.

Litografía Mercantil é Imprenta, O'Reilly 27.

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 31 DE OCTUBRE.

Los caballos de Nueva York están de huelga. Aviso á los cocheros de la Habana. Esto traen los principios democráticos: ya no hay clases, ya no hay razas, ya no hay diferencia entre hombres y animales.

¡Libertad!
¡Vivan las huelgas!
¡Igualdad!
¡Fuera cabestros!
¡Fraternidad!
¡Viva la porral!

"¡No hay deberes sin derechos!" han exclamado los caballos, "y nosotros, que trabajamos toda la vida como esclavos, sin abrir la boca ni pestañear; nosotros, que aguantamos los latigazos y la fatiga sin decir una palabra; nosotros, que tenemos siempre en la boca un bocado de difícil digestión; bien podemos, en cambio de nuestros deberes, tener siquiera el derecho de enfermarnos y coger un catarro de padre y señor mío."

—Pues, nó, señor, no te enfermarás, le dice el auriga á su caballo, y si te enfermas, trabajarás, mal que te pese, y si no trabajas, te pegaré, que ahí estás tú para hacer lo que yo mande y no lo que te mande la naturaleza.

Porque el cochero tiene el derecho de declararse en huelga y de no trabajar cuando á él le parezca bien, y así convenga á los intereses de la cofradía y al afianzamiento de los principios democráticos.

Para el cochero el modo de adelantar consiste en pararse. Pero no puede tolerar que se páre su caballo cuando á él se le antoja que camine.

Si tú hubieses visto, JUAN PALOMO, como he visto yo por estas calles de Dios, á esos infelices animales, más muertos que vivos, arrastrando ómnibus cargados de *yankees* más fuertes y robustos que un toro, te hubiera dado gana de arremeter á palos con el cochero y con los *arrastraos* que tal cosa permitían.

A bien que este es el país de la civilización, y según dice *Quasimodo*, no se trata aquí con crueldad á los animales, ¡Cá, nó, señor, quiere usted callar!

A quien se trata aquí con crueldad es á los hombres, pero á los animales ni por pienso.

Esa sociedad que se ha fundado aquí para impedir que se trate con crueldad á los animales, es un adorno de lujo, que no sirve para nada.

¡Qué desgraciado es *Quasimodo*! Apenas dijo en su carta que aquí los animales eran bien tratados, cuando cáame ahí la *hipporhinorrea* (este nombre es de la cosecha del *Herald*) venida con el único objeto de desmentir á *Quasimodo*.

La huelga de los caballos ha traído sus ventajas, pues algunos hombres se han visto obligados á tirar de una carreta, lo cual es un paso más hácia el perfeccionamiento de la sociedad humana.

Lo estoy viendo venir. La primera enmienda que se vuelva á hacer á la Constitución será para elevar al caballo hasta dejarlo al nivel del neo-ciudadano.

Cuando los caballos tengan voto en las elecciones populares, sus dueños los tratarán con más cariño, por temor de que si no están contentos del trato, se pasen al otro partido.

Tal vez previendo este resultado, dijo el otro día el *World* en un artículo de fondo: *We are a nation of horsemen*, que traducido al pie de la letra dice: "Somos una nación de caballos-hombres." Como si dijéramos "centáuros."

JOHN BULL.

MADRID, 13 DE OCTUBRE.

El suceso más gordo de que hoy puedo hablarte es la manifestación *pacífica*, vamos al decir, contra los nuevos impuestos municipales.

Tan *pacífica* fué la manifestación, que hubo no pocas descabraduras y cada garrotazo, que por sí sólo formaba una manifestación y parte de otra.

Figúrate tú, que el Ayuntamiento de Madrid no tiene dinero, con lo cual se parece á todos los Ayuntamientos del mundo y á muchos individuos particulares que no son Ayuntamientos.

Figúrate tú, que para proporcionarse fondos inventa una contribución sobre las puertas y ventanas de las tiendas: figúrate tú, que en estas se hallan comprendidas las tabernas y otros excesos, y te harás cargo de que era fácil que la cosa acabase á garrotazos.

¡Era natural! El comercio de Madrid, que tantos perjuicios tiene sufridos, no podía llevar en calma la última disposición del municipio.

¡Impuesto sobre puertas y ventanas! ¿A qué viene eso?

Mañana se le puede ocurrir al Ayuntamiento de Madrid establecer un impuesto sobre las sillas, sobre las mesas, sobre todos los muebles de mi casa.

¿Cuántos ojos tiene usted?—Dos.—Impuesto sobre los ojos.—¡Pero, señor!....—¡Nada! ¡Veinte duros!—¡Pero es muy caro!—¿Quién le manda á usted tener dos ojos? No tenga usted más que uno.

Tal es el criterio.

Yo tengo una tienda; esa tienda ha de tener una puerta. Esa puerta debe pagar contribución. Esa gente, en su afán de hacer pagar contribución, no repara en nada.

Los comerciantes de Madrid debían suprimir las puertas y sustituirlas con gateras. Bien que *gateras* hay de sobra para imponerse al comercio honrado.

Lo que no se les ocurrió á los moderados se le ocurre á la Junta de asociados, que así se llama la que ha tenido tan feliz ocurrencia.

Figuerola y Romero Ortiz inventaron lo del juramento á la Constitución para ahorrarse la paga de multitud de curas y de empleados pasivos.

El Ayuntamiento de Madrid inventa el impuesto sobre todas las cosas, como si el comercio madrileño tuviera la culpa de la mala administración del municipio.

Desde la revolución hasta la fecha, el Ayuntamiento ha tenido mil medios de reparar sus atrasos, cuya verdad también sería discutible.

La abolición de los consumos era, según decían los Ayuntamientos anteriores, lo que había atrasado al municipio. Se restablecieron los consumos, y ahora ya no basta eso; es necesario inventar todos los días una nueva camándula para que el vecindario trabajador, el vecindario que vive de sus propios recursos, sin depender del Gobierno, sin cobrar la nómina, ayude á las necesidades del Ayuntamiento.

Para protestar contra esas medidas se reunieron los gremios mercantiles, llevando cada uno su banderita correspondiente ¡muchacha percalina! ¡muchacha! Hablaron, habló el alcalde y prometió arreglar el asunto: se conformaron los manifestantes y empezaron á desfilar; pero los taberneros, más ardientes que los demás, enarbolaron los garrotes y.... ¡viva el derecho de petición!

Ya podrás figurarte que los vecinos de Madrid andan escamados con eso del impuesto, y van por las calles tapándose media cara, no por el frío, sino por miedo de que les cobren contribución por las ventanas.... de las narices.

Después de estos atropellos, no te puedo hablar más que de los carlistas.

Sobre poco más ó menos, hé aquí lo que dicen los periódicos en los siete días de la semana:

Domingo.—Las facciones están reducidas á escaso número de hombres. La facción Saballs ha tenido un pequeño encuentro con Baldrich, del que no ha resultado nada.

Lunes.—El estado de la facción de Cataluña es el mismo que ayer.

Martes.—Ha habido un pequeño encuentro entre las tropas de Baldrich y la facción Saballs. Ambos jefes se han querido hacer trizas, pero lo han dejado para mañana.

Miércoles.—Saballs, avanzando; Baldrich, retrocediendo.

Jueves.—Saballs, retrocediendo; Baldrich, avanzando.

Viernes.—Las facciones puede decirse que acabarán muy pronto, porque Saballs avanza ó retrocede, según y conforme.

Sábado.—Se ignora lo que hay de las facciones de Cataluña.

Y á esto dice el país: Aunque unos y otros se fueran ustedes á escardar cebollinos, maldito lo que me importaría.

Y aún dicen que añade:

¡Lo que siento es que me coge sin dinero!

Vaya un párrafo de modas:

Se recomiendan para la estación que atravesamos las casacas de dos colores.

Los caballeros comienzan á vestir de *prestado*, color muy de moda.

Se decidieron por el verde los moderados. Gabanes con muchísimos bolsillos. Prendas morales pocas.

No hay hombre de buen tono que pueda prescindir de una gran cruz, que adorna y siempre acompaña.

Las botas de charol del más reluciente están muy en uso en el Congreso.

Los sastres ponen doble forro á los codos, porque hay mucho tacto estos días.

Oye una consecuencia del impuesto sobre puertas y ventanas.

Preguntaba uno el otro día:

—Pero, hombre, ¿qué será esto que está el cielo tan oscuro!

—¡Pues, hombre, qué ha de ser! ¡Que ha subido el carbon!

EUSEBIO BLASCO.

EL JALEO AMERICANO.

Desde hace unos días, como quien dice, desde el lunes, ha empezado en los Estados Unidos el *jaleo magno*, el gran *rebomborio* del siglo, la grandísima *pataleta política*, la convulsión extrema de la gente que quiere comer y de la gente que está harta, pero que quiere seguir comiendo: en una palabra, la elección para Presidente de la república modelo, como han dado en llamarla desde hace tiempo las malas lenguas.

Viene como pedrada en ojo de boticario hablar hoy de las costumbres electorales de los Estados Unidos.

Prepare, pues, el boticario el ojo, que allá vá la piedra.

Enpecemos por confesar que en materia de procedimientos electorales, la virgen América mejora en tercio y quinto cuanto en Europa puede soñarse respecto á desparpejo.

Los candidatos ricos no hacen misterio de los sacrificios

que se imponen para lograr el triunfo de sus candidaturas, y la administración ó el gobierno—como quiera llamarse—sostiene abiertamente las candidaturas oficiales, y descuenta sin sonrojarse un tanto por ciento de su sueldo á los empleados para atender á los gastos de la campaña electoral.

Por lo dicho se vé que hay largo trecho de nuestros escrúpulos europeos á los usos trasatlánticos, y que las actas que se declaran sucias en los Parlamentos del Viejo Mundo, pasarían por muy pulcras en el continente que emancipó Washington.

Con tres ó cuatro *politicians* agrupados en torno de otros tantos vasos de *lagerbeer*, se organiza un *ring*, y del *ring* sale el *meeting*, en el cual dos pares de sólidos pulmones son suficientes, en tiempos ordinarios, para arrastrar á la cola de un candidato al cuerpo electoral, compuesto de carneros de Panurgo en todos los hemisferios.

Cuando se trata de elegir un Presidente, el asunto es naturalmente más árduo, las ambiciones son más considerables y los apetitos más aguzados, puesto que se trata de renovar todo el personal administrativo. La oferta y el pedido se multiplican y crecen en importancia; pero en el fondo de las intrigas es siempre el mismo.

Desde que un Presidente de la gloriosa república americana es elegido y toma posesión de la *Casa-Blanca*, la preocupación capital que le domina es preparar su reelección. La secuela infinita de sus asalariados tiene su vista fija en el propio asunto, y el período presidencial transcurre sin que un sólo día deje de hacerse algo en vista de semejante objetivo; de ahí procede casi siempre una Convención oficial, que este año se llamó la Convención de Filadelfia, y que se compone de los amigos del presidente y de los amigos de estos amigos.

La oposición organiza por su lado otra Convención, y en el caso actual, la más importante fué la de Cincinnati [Ohio], de donde salió, no sin asombro de las gentes, el nombre de Horacio Greeley.

Otra tercera Convención tuvo lugar en el año presente en Columbus, y de ella brotó la candidatura artificial del millonario Davis, cuyo libro de caja ha de registrar en cifras elocuentes, si mal no juzgo, el precio á que se obtienen ciertas ovaciones populares.

No hablaré yo de los dos protagonistas del gran drama político que se prepara en los Estados Unidos.

¿Qué podría decir en tono grave de Grant y Horacio Greeley?

Mi fin es más humilde, y se reduce á esbozar la escéntrica fisonomía de uno de los candidatos secundarios que, con cómico aplauso, han osado rivalizar con los dos ilustres personajes citados.

Este candidato *pour rire*, que sueña—ahí es un grano de anís—con la presidencia de los Estados Unidos, es un tal Francisco Train, comisionista exportador de revoluciones, y el político más inocente entre los políticos pasados, presentes y futuros. La fatalidad ha querido que este "ex-jefe de los fenianos" y "ex-general de la Commune," como se llama á sí propio, con modestia infinita, no tenga ni partido ni *politicians* que le sostengan, por la sencilla razón de que no puede, como Júpiter, trasformarse en lluvia de oro.

Esto no obsta para que Francisco Train haya sido la *great attraction* de los electores americanos durante largos días. Las prensas han gemido con el relato de las hazañas políticas de este ente originalísimo, de este tipo por extremo singular y digno de mención.

Cuando aparece en público Train, ansioso de cautivar la multitud por su elegancia, resucita el frac azul con botón de oro, el chaleco color de albaricoque con colosal solapa, la corbata con caídas flotantes y el peinado y sombrero que immortalizó Bolívar y sirvió de tocado á los galanes de 1830. Con este aparato escala la tribuna y canta sus propias alabanzas.

Aunque legendariamente grotesco en América, Train logró hacerse tomar por lo serio en Europa, hasta el punto de haber sido preso años atrás en Dublin, y no hace muchos meses en Lyon y Marsella. ¡Qué triunfo para este cómico agitador!

Pasmoso es el partido que Mr. Train saca de este triple *quid pro quo*. La verbosidad y el gracejo con que refiere este jocosos candidato, en las reuniones electorales, sus cuitas y proezas trasatlánticas, sus complotos y sus padecimientos "bajo los cerrojos de la tiranía," á la manera de Silvio-Pellico, es todo un poema. Oírle hablar de la paja húmeda de los calabozos, del siniestro carcelero, del rechinir de las cadenas y del pan amargo de las cárceles europeas, es un verdadero regocijo, un sin igual desahogo para los espectadores iniciados en el carácter caricaturesco del locuaz orador.

El éxito alcanzado por estos recuerdos patibularios fué tan grato para Francisco Train, cuando empezó su propaganda, que dicen pensó en exhibirse en las consecutivas reuniones electorales, vestido con el uniforme que á los presos se impone en las casas de detención francesas, para hacer mayor efecto; pero bien fuera este proyecto un cuento, bien hubiera triunfado el sentido común en el ánimo de Train, ello es que no se le llegó á ver con tales galas.

En cambio, una noche puso en juego una estratagemma morrocotuda. Pasó el caso en Chicago, dentro de la inmensa sala de Jarewell la víspera mismo del incendio que destruyó la

ciudad. El antiguo jefe de los fenianos y de la Comuna, el "futuro presidente de los Estados Unidos," como dicen los carteles, despues de haber desvariado en un discurso de dos horas, se puso de pronto á apostrofar al público.

Un ciudadano, todo de negro cubierto, como el paje de Malborough, levantóse de su asiento y con aire solemne y acento sepulcral, pidió se le entregase la cabeza del orador.

¡Sorpresa general!

—¡Es el verdugo! exclamaban los unos,

—¡Es un fotógrafo! replicaban los otros.

—Comprendo, exclamó con acento inspirado el imperturbable Francisco Train; ¿ese caballero es el ilustre profesor Payne?

El ilustre, el célebre profesor Payne, de quien nunca había oído hablar alma viviente, y á quien este hábil y audaz reclamo consagraba gran fienólogo, se avanzó imponente, registró el cráneo del candidato, y declaró *coram populo*, que Francisco Train era uno de los hombres más generosos, más inteligentes, más extraordinarios y más piramidales de la generación presente. Inútil es decir que los gacetilleros estaban prevenidos, y que, al día siguiente, esta consulta frenológica era reproducida á millones de ejemplares por todos los diarios de la Union. Este rasgo de genio pinta gráficamente á mi hombre.

A pesar de tanto ingenio, Francisco Train no será presidente de los Estados Unidos sino sobre los carteles; pero tened por cierto que, si hubiese poseído un par de millones, habría encontrado un partido de *politicians* prontos á endosar su candidatura y organizar una convencion para apoyarla.

Lo que prueban este y otros ejemplos que citar podría es simplemente, no que la libertad sea una cosa perniciosa, sino que, al contrario, á su sombra pueden producirse todas las excentricidades, sin que la cosa pública sufra lo más mínimo.

JUAN CUALQUIERA.

REVOLTILLO TEATRAL.

TACON.—*Rigoletto*.—*Lucrecia Borgia*.

ALBISU.—*D. Juan Tenorio*.—*El pañuelo blanco*.—*Marinos en tierra*.—*Un drama nuevo*.

El mejor de los *spartitos* de Verdi llaman los inteligentes á la popular ópera *Rigoletto*: el que más me gusta, digo yo con tono magistral.

Cuando quiero elogiar sin rodeos la música que Verdi ha puesto al drama *Le Roi s'amuse*, digo para mi capote: aunque hijo del mismo padre, *Rigoletto* no es hermano de la *Traviata* y de *Un ballo in maschera*; y me quedo satisfecho, porque creo que lo he dicho todo.

Y si lo veo tambien interpretado como las tres noches que se ha puesto en escena en Tacon, todavía me parece que el parentesco es más lejano.

Receloso y circunspecto, no hay para qué ocultarlo, se hallaba el público del gran teatro al levantarse el telon en la noche del sábado. Temia un desengaño, y se hallaba más inclinado á la censura que al elogio.

Pero esta situación duró poco. No bien el tenor Palermi cantó la balada, con dulzura, correccion y sentimiento, rompió el fuego de los aplausos, y las muestras de aprobacion se repitieron sin cesar toda la noche.

Palermi tiene una voz de corta extension, pero de buen timbre, su frase es pura, su escuela excelente. Se le nota, sí, que para las notas agudas se prepara mucho y las ataca con cierto temor, pero pasado este instante, su voz es muy dulce y resuelve la frase con una delicadeza de estilo admirable.

La que sirve de introduccion al brillante cuarteto del último acto, la dice con una expresion y sentimiento tales, que impresionan al espectador.

No lo encuentro tan acertado en el duo *Al son dell'ánima*, y eso que lo canta bien.

Parecerá descortesía que haya dejado para el segundo lugar á la señora De-Baillou. Declaro que no ha sido ese mi ánimo, y declaro tambien que por su mérito no merece bajar al segundo término.

La De-Baillou hace una Gilda deliciosa. Su voz es fresca, agradable y de mucha extension, pero de escaso volúmen en los puntos bajos. En cambio, los agudos son inmejorables. La nota con que acaba la cavatina, revela desde luego una garganta privilegiada.

Desde los primeros momentos le demostró el público sus simpatías, admirado de su estilo delicadísimo.

Es *Rigoletto* una ópera de grandísimas dificultades para el barítono. Bachi-Perego es un artista de grandes facultades, y con ellas sale airoso en su cometido.

La Morelli dice bastante bien el difícil, aunque corto papel de Magdalena. Sparafucile tiene poca voz, pero desafinada. En cambio, no canta muy bien.

El cuarteto ha sido la pieza más brillantemente desempeñada, y ha merecido los honores de la repeticion dos de las tres noches que se ha cantado. La otra dejó de repetirse, no porque el público no lo deseara, sino porque Palermi no estaba bien de voz.

En contraposicion al éxito ruidoso de esta pieza, el lindísimo terceto que le sigue no ha hecho ningun efecto, porque le falta la parte de bajo. Aquél Sparafucile es un Sparafucile inverosímil.

"Aquí está don Juan Tenorio, y no hay hombre para él."

Pues yo digo que hay hombres y mujeres en gran cantidad, porque no bien se anuncia el más popular de nuestros dramas, se llena de bote en bote el teatro.

Dos grandes entradas ha proporcionado al favorecido coliseo de Albisu, y además, no pocos aplausos á la compañía, correspondiéndole una buena parte de ellos á Benetti, que tuvo á su cargo el papel del protagonista.

Eusebio Blasco ha tomado un mismo punto de partida para sus últimas producciones dramáticas, y sobre él giran todos sus argumentos: un esposo libertino y calavera, al que hay que atraer al buen camino.

Lo mismo en *No la hagas y no la temas* que en *El pañuelo blanco*, el protagonista siente celos de su hijo: en la primera comedia, de un hijo que aún está *por venir*, en la segunda ya ha venido, pero sólo cuenta seis años.

En aquella enciende el infierno de los celos en el corazón del esposo culpable, un nombre pronunciado en sueños por la esposa: en ésta dá pié á tan funesta pasion una carta del hijo á su madre.

Lo confesaré ingenuamente; encuentro mucho mejor recurso dramático el primero que el segundo.

Porque la verdad, se hace muy durillo creer que pueda confundirse la carta de un niño de seis años con la carta de un amante á su querida.

Para el autor no ha pasado desapercibido este inconveniente, y ha querido salvarlo haciendo decir á uno de los personajes que el chico tiene una letra inglesa muy correcta; pero eso no es suficiente.

Aparte de esto, la comedia es muy agradable. Dialogada con ese grácejo propio de Blasco, abunda en situaciones cómicas y en ingeniosos recursos.

Y hoy sí que he de prodigar mis aplausos á Salvadora Cairon, que ha representado *El pañuelo blanco* con una gracia, una verdad y una intencion incomparables. Mario y Adela Guijarro, muy bien.

El músico de la Murga es una novela insulsa de Perez Escribá, llevada á la escena. Dos actos lánguidos y desprovistos de interés se necesitan para preparar al fin del segundo acto una situación de efecto, pero violentísima.

No hay nada que pueda justificar la conducta de aquél hombre, que á título de enamorado sume en la desesperacion á una familia, y pone á riesgo de perder la vida al padre de la mujer á quien ama.

La comedia tiene un fondo de inmoralidad que asusta, eso que aparentemente queda la virtud recompensada, y triunfante la honradez, etcétera, etcétera, como el caso requiere.

Pues hay autores, como ya he dicho otra vez en estas mismas columnas, que piensan que con hablar mucho de Dios y de lo bueno que es ser honrados, y con sermonearnos mucho, han escrito una obra moralísima, sin tener en cuenta que el fin moral ha de desprenderse del fondo; de lo que hagan y no de lo que digan los personajes.

Aquél don Isidoro es demasiado bueno, porque si nó, al saber que la causa de sus pesares era el marqués, en lugar de darle á su hija con tanta satisfaccion, lo demanda ante los tribunales por abuso de confianza.

En la ejecucion rayó á grande altura Valero: en la situación culminante del segundo acto y en todo el tercero, el eminente actor se mostró digno de su fama.

Un drama nuevo atrajo numerosísima concurrencia al teatro. Hace dos años espuse mi parecer en JUAN PALOMO sobre esta incomparable obra de Estévanez (amigo de Tamayo) y no he de repetir ahora lo que entonces dije. Hablaré sólo de la ejecucion, consignando que fué esmeradísima por parte de Valero, Reig y Benetti.

Para ocuparme de la representacion de *Marinos en tierra*, me limitaré á copiar las palabras de un amigo mio:—"Mario, me dijo, ha hecho esta noche el papel de *Coralito* mejor que nunca."—Y tenia razon, y eso que Mario está siempre admirable en esta lindísima comedia.

Réstame sólo decir algo de *Lucrecia Borgia*, cantada anoche ante una concurrencia numerosísima y escogida. (Estaba yo).

Cuatro palabras serán tan sólo, porque este articulo se ha hecho demasiado largo.

El público recibió la ópera con frialdad, ó mejor dicho, con prevencion.

Rossi-Galli tiene una magnífica voz de bajo, canta con soltura y vocaliza bien.

La señora Blume, parecía que no estaba en el lleno de sus facultades y se esforzó bastante. En la segunda representacion podremos juzgarla mejor.

Palermi no estuvo feliz.

Y cierro el pico despues de aburrir á ustedes más de lo regular.

JUAN PARTICULAR.

SARTENAZOS.

La *Política* y *El Diario Español*, periódicos de los señores Mantilla y López Roberts, ex-gobernadores de la Habana, se han pasado al campo alfonsino.

La política de *mantilla* no la comprendemos. Si fuera de gorra!

La de López Roberts es natural y lógica. Despues de medrar, no hay, para conservar, como el partido moderado.

El pueblo de Cárdenas echó la casa por la ventana en la noche del juéves 7, obsequiando á la eminente artista señora Zamacois y al señor Prats con una brillante serenata sazónada con coros catalanes. No faltaron los obligados discursos, los brindis y las poesías, y nuestro amigo el señor Trujillo, director del *Boletín*, leyó á la simpática artistas unas preciosas quintillas que fueron muy aplaudidas. El sábado se inauguraron con *Marina* y *Un pleito*. Damos el parabien al pueblo de Cárdenas y á los artistas obsequiados.

Por saber que su esposa el año veinte tuvo amores con un subintendente, muriendo está de pena mi pobre amigo don Jesús Balbuena
El hombre que es de espíritu apocado nunca podrá servir para casado.

Dando cuenta un portugués de uno de los *meetings* celebrados en Nueva York por los emigrados cubanos, dijo:

—Habría unos cuatrocientos piés de laborante.

¿Cuántos laborantes habría?

Diálogo entre un cura que no ha jurado la Constitucion y un individuo que fué víctima de la partida de la Porra.

El cura.—Pero, hombre, ¿querrá usted creer que hace cinco años que no se me paga?

El otro.—¿Y querrá usted creer que hace cinco meses que no se me pega?

Pero, hombre, qué cosa tan rica y tan *confortable* son esos pícaros *sandwiches*!

¿Sabes tú lo que son *sandwiches*, lector?

Pues si lo ignoras, te diré que los señores ingleses llaman así á lo que en castellano se nombre un *tente-en-pié*.

Hasta aquí la teoría.

Ahora vá un consejo práctico.

Te diriges á la calle de la Obrapia, número 13; y pides el mozo unos *sandwiches*, verás con qué donosura te trae una lasca de jamon, de pavo, marisco ó salchichon entre dos rebanaditas de pan; ya ves que el asunto es apetitoso y barato; quince centavos.

Los sajones rocían la porcion con cerveza; yo, á fuer de español, prefiero el Jerez, y te hago, lector, la justicia de creerte de mi opinion. Pero sea lo uno ó lo otro, ahí lo hay de lo fino.

Con que, ¿te decides á hacer una visita á la calle de la Obrapia, número 13?

Un gato, que además es progresista, fundó una sociedad economista; y á un baul que heredó de sus abuelos se le erizaron de terror los pelos.
Hay cosas de manera que erizan los cabellos á cualquiera.

Los laborantes de Nueva York piensan eregir á Céspedes una estatua ecuestre.... sin ginete.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

Madama.

Lo han acertado Rita Jumel, José Bueto, Rosa Apolinar y Toncás: los demás que me mandaron soluciones, no dieron en el clavo.

Acompañamos en su justo sentimiento á nuestro compañero en la prensa el señor don Julio B. Ladeveze, redactor del *Diario de la Marina*, por la pérdida que acaba de sufrir con la muerte de su filial esposa.

A uno que iban á ajusticiar le dijo el cura:

—Hijo mio, pide lo que quieras. Se te dará cuanto desees.

—Padre, que me den la gran cruz de Carlos III.

Ahí está ya Tamberlick.

¡Bien venido!

Trae una coleccion de *docs de pecho* que no habrá más que pedir.

Que lo oigamos pronto!

—Beso á usted la mano.

—Servidor de usted.

—Y la condesa?

—¿Qué condesa?

—Su señora de usted.

—¡Ah! Sí, es verdad.... buena, gracias. [Ya no recordaba que era condesa].

—¿Cómo se llama usted?

—Ceferino Dispensa.

—No hay de qué.

